

Las mejores historias
sobre perros

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Best Dog Stories*
En cubierta: Franz Marc, *El perro blanco* (1912) © rawpixel
Diseño gráfico: G. Gauger
© Michael O'Mara Books Ltd., 1990
© De la traducción, Javier Alfaya
© Ediciones Siruela, S. A., 2026
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 979-13-88032-23-3
Depósito legal: M-3.512-2026
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

LAS MEJORES HISTORIAS SOBRE PERROS

Traducción del inglés
de Javier Alfaya

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Prólogo	
GERALD DURRELL	9
¿Me dejas ser tu perro?	
ERIC PARKER	13
Sin corazón	
SIR HUGH WALPOLE	19
Por amor a un hombre	
JACK LONDON	37
Jimmy, el perro de mi vida	
SIR ARTHUR BRYANT	53
Teem: un cazador de tesoros	
RUDYARD KIPLING	65
Ha ido mal	
P. G. WODEHOUSE	89
El gran chico	
JOYCE STRANGER	93
Bunch	
JAMES DOUGLAS	105

Montmorency JEROME K. JEROME	125
Algunos perros de Sunnybank ALBERT PAYSON TERHUNE	131
Hagamos un concurso de perros cruzados CECIL ALDIN	159
Dandy, la historia de un perro W. H. HUDSON	167
Verdun Belle ALEXANDER WOOLLCOTT	173
El oráculo del perro G. K. CHESTERTON	181
Inteligente y leal JILLY COOPER	207
El final VIRGINIA WOOLF	213

Prólogo

El perro es, eso creo, uno de los animales que el hombre ha domesticado con mayor éxito. En realidad hemos superado a la propia naturaleza, ya que mediante nuestra manipulación hemos creado más razas de perros que las que se pueden encontrar en aquella. Los tenemos de todos los colores, formas y tamaños, desde perros lobo irlandeses y mastines hasta pe- quineses y chihuahuas. Tienen papadas y arrugas, orejas caídas o erguidas, colas recortadas o de esas que se balancean de un lado a otro como si fuesen plumas. Los tenemos de color marrón, negro, dorado o con manchitas por todos los lados como si se tratase de huevos de codorniz, como sucede con los dálmatas. Sin embargo, lo que tienen todos en común, a pesar de su variedad de aspectos, es una personalidad muy desarrollada, ya que no encontraremos dos perros iguales, como demuestra esta maravillosa colección de cuentos.

Los perros, una vez que entran a formar parte del «servicio doméstico», como se suele decir, nos cuidan de cien formas diferentes. Nos consuelan y nos proporcionan compañía cuando lo requerimos; nos ayudan a cazar nuestra comida o a reunir y cuidar nuestros rebaños. También nos ayudan en el hielo y en la nieve tirando de los trineos o, en el caso de que seamos tan tontos como para perdernos en medio de una ventisca, nos rescatan con el (posiblemente falso) barrilete de brandi colgado al cuello. Actúan como policías husmeando el delito y se convierten en los ojos de quienes no pueden ver. Protegen nuestras propiedades, desde chalupas hasta casas de campo, desde chozas hasta castillos. Con ellos, sin duda, hemos creado al amigo de las mil funciones.

Los perros son extrañas y maravillosas criaturas con las que compartir la vida y no se puede tener una vida completa sin la compañía de un perro, a condición de que no pronunciemos su nombre al revés, como observó sabiamente Chesterton.* Poseen una agudeza y una inteligencia únicas. He observado a tres de mis propios perros gruñendo, ladrando y apartándose de la esquina de una antigua y enorme cocina que teníamos en la isla de Corfú. No había nada que mi familia ni yo pudiéramos ver en la esquina, únicamente los ladrillos medievales. A mí me han seguido a lo largo de 25 millas a caballo a través de la pampa argentina tres viejos «salchichas» que se negaron a volver a casa cuando se lo pedí y que, cuando la hierba era demasiado alta, tenían que saltar como si fueran saltamontes para ver hacia dónde nos dirigíamos. He visto a mi perro rescatar a un cachorro que se había caído al mar y no podía nadar, sacándolo del agua por el pescuezo. He conocido perros malvados y bondadosos, estúpidos e inteligentes, pero no podría vivir sin ellos. Los griegos decían que una casa no es un hogar si no tiene una golondrina anidando bajo su alero, y en mi opinión una casa no es un hogar si no tiene un perro.

Mi último perro fue un bóxer, una raza por la que siento mucho afecto. Me lo trajeron ya crecido y su nombre era Keeper (Guardián) —el Guardián de las Llaves—, cuyo nombre resultaba de lo más apropiado, ya que se iba a venir a vivir a mi zoo, en la isla de Jersey. Se trataba de un perro muy grande al que, afortunadamente, no le habían cortado las puntas de las orejas. Tenía una enorme cola despuntada que no dejaba de mover. Sus saltones ojos castaños eran más expresivos que los de ningún otro perro que yo haya tenido. Me sentía un poco preocupado por la llegada al zoo de un

* Juego de palabras en inglés. Chesterton, al comienzo de «El oráculo del perro» (ver pág. 181), escribe «I always like a dog, so long as he isn't spelt backward», frase en la que se refiere al juego de palabras que ofrecen en inglés las grafías *dog* (perro) y *God* (Dios) leídas al revés. (*N. del T.*)

perro de dos años que, según sus dueños, nunca había visto otros animales que no fuesen perros, ni siquiera una vaca. Sin embargo Keeper, lleno de buenos sentimientos, se fue ganando a fuerza de voluntad todos los corazones y tuvo un éxito inmediato. Comenzaba el día haciendo una visita a sus amigos, intercambiando besos a través de la valla con los tapires y dando los buenos días a los pecarís, que respondían con un entrechocar de colmillos, puesto que estos cerdos no parecían sentir gran afecto por él. Salía y saludaba a los osos de anteojos, a los gorilas y a los orangutanes y hacía ejercicios de precalentamiento con los chimpancés. Daba los buenos días y saludaba y lamía con presteza al gato del zoo, Mimí, al igual que lo hacía con Trumpy, nuestro pájaro trompetero, que caminaba por el zoo majestuosamente como si se tratara del dueño de una hacienda. Acabado todo esto y exultante de júbilo, llegaba la hora de ir a encontrarse con su amigo Dick, su vecino, el imponente labrador. Tras una exhibición de besos, aquella formidable e inofensiva pareja marchaba hombro con hombro para ver cómo iba el mundo. Keeper vivió conmigo durante ocho años, y en todo ese tiempo no mostró sino una extrema benevolencia hacia cualquier ejemplar del vasto grupo de animales extraños con los que tenía que relacionarse. Creo que eso fue bastante extraordinario para un perro que hasta los dos años no había visto una vaca.

Espero que este libro demuestre lo complejo y fascinante que es el mundo de los perros. Lee y disfruta de algunos de los mejores cuentos que se hayan escrito nunca sobre estos animales.

GERALD DURRELL

23 de febrero de 1990

¿ME DEJAS SER TU PERRO?

Eric Parker

En la época en que las guerras habían sido olvidadas, un amigo que sabe más sobre perros de lo que yo nunca sabré me llevó a visitar una perrera. Era una perrera famosa de la que yo había oído hablar mucho y en la cual había pensado con frecuencia, tratando de adivinar cómo podía el dueño cobijar, alimentar y entrenar a sus ocupantes, que eran grandes daneses. No recuerdo cuántos había, pero desde luego más de los que yo imaginaba que una persona sola podía tener a su cargo.

Aun así, a pesar de mis suposiciones, cuando me encontré en aquel lugar, a la vista de las largas líneas de cercados, caí en la cuenta de que lo había subestimado todo: el número de perros, la prodigiosa cantidad de alimentos que consumirían diariamente, la extensión del terreno asignado a cada uno de sus habitantes. Era una maravilla de organización, de eficacia, de limpieza y hasta —comparativamente— de quietud, porque lo que yo esperaba era escuchar ecos repetidos una y otra vez, perros ladrando cada cual más, y en cambio allí los perros corrían en silencio.

¡Pero era más que eso! El silencio no era lo fundamental, la impresión dominante, el encanto que se extendía por el lugar: sí lo era su soledad, su aislamiento. Caminé de cercado en cercado; no, mejor dicho, caminé de perro en perro. Cada perro, a medida que me iba acercando al paralelogramo de suelo alambrado que le había sido asignado, se aproximaba a la valla y caminaba a lo largo de ella, y yo observaba a mi vez a cada uno, sus monumentales contornos, sus nobles cabezas, y mucho más que todo eso. Porque he visto muchos perros pasando uno a uno en las exposiciones de perros, desfilando

ante las ordenadas filas de bancos, y he visto muchas cosas en sus ojos, pero aquel día vi lo que no había visto nunca. Porque allí me di cuenta de que no era yo el que miraba a los perros, sino ellos los que me miraban a mí, y cada uno de ellos con la misma expresión en sus ojos, esos ojos que no podrían pertenecer a ninguna otra criatura. Y en esos ojos la misma esperanza, la misma desesperanza, un «¿podría irme contigo?, ¿puedo ser tu perro?, ¿no puedo ser tu perro?, ¿no?». Yo tenía que responder, o mostrar en mi actitud, que no a cada uno de ellos, jaula tras jaula. Cada perro, tan pronto me observaba, conocía la respuesta. Cada perro, cuando alguien pasaba ante las jaulas de modo casual, por simple curiosidad, echando un vistazo como lo hice yo, sabía cuál sería la respuesta del visitante. Creo que mi amigo, el que me llevó a ver la perrera, no tenía más idea que yo de cuál sería el efecto que nos produciría la cantidad de perros que vimos. Allí, bajo el sol otoñal, a través de los años que han pasado desde entonces, los recuerdos, la visión permanece; todo ese cuidado, toda esa prevención para cuidar su salud, todas esas comodidades para que se encontraran bien físicamente... y en los ojos de cada perro la misma pregunta y la misma respuesta.

Guardo en la memoria otra perrera. Para visitarla tenías que conducir por caminos a través de los bosques de un condado del sur. Era abril y el bosque se encontraba en su mejor momento, tal como a mí me gusta. Ya cerca del final de nuestro viaje, nos encontramos, a plena luz, con un río salmonero de Dorsetshire. El agua iba crecida para pescar, y, después de atravesar nuevamente los caminos de Dorsetshire, escuchamos de repente un ruido que preludiaba lo que habíamos ido a ver; recuerdo el inesperado saludo del sonido. Íbamos a escoger, en una perrera que llevaba un nombre honrado en los anales de exposiciones y competiciones, a una joven criatura entrenada, según esperábamos, en los rudimentos del saber y actuación de los *spaniel*; un *spaniel* que iba a ser entregado a un amigo de confianza, un jardinero que en su juventud había

aprendido de un guardabosque lo que los perros de caza deben ser, saber y hacer. El jardinero daría al *spaniel* alojamiento, alimento y cuidados a costa de su dueño, uno de los miembros de la familia, a quien su trabajo le obligaba a ir diariamente a Londres y que esperaba que cuando llegase septiembre podría ir al campo y cazar con un *spaniel retriever* — que fuera macho o hembra aún no lo habíamos decidido— y que ya estuviese preparado.

Tanto cuento para nada. Tal y como salieron las cosas, la *spaniel* nunca fue puesta al cuidado del jardinero, quien — no lo sabíamos —, en el preciso momento en que habíamos hecho nuestra elección en la perrera, reposaba sobre un lecho del que, para nuestro pesar, nunca volvería a levantarse. Así pues, la *spaniel* nunca entró en la casita de campo del jardinero, sino en una casa en la que vivió y fue amada durante toda su vida. Pero a partir de este momento la historia va a ser contada por la hermana del que sería el dueño de la *spaniel*, a quien le tocó en suerte mostrar a la reclusa de una perrera donde había treinta o cuarenta de su raza un nuevo y apasionante mundo.

Lytchett (transcribo) fue un error. Es decir, que nuestra intención nunca fue que fuera nuestra perra. El jardín estaba invadido por los conejos y pensamos que, para encontrarlos, nos ayudaría tener uno. De modo que mi padre decidió comprarle un *spaniel* a mi hermano y dárselo al jardinero para que lo entrenara y lo cuidase. El jardinero había tenido un *spaniel* anteriormente (la verdad es que había tenido dos, Shot y Missed, pero ambos habían muerto) y nosotros queríamos otro. Sin embargo, todo salió de tal forma que el *spaniel* se vino a vivir con nosotros en lugar de con él. Fuimos a elegir a nuestro cachorro a una gran perrera de *springer spaniel*. Allí vimos toda clase de *spaniel*, pero solo había dos en venta. Uno de ellos era un cachorrito bastante joven que había tenido más bien poco entrenamiento, y el otro tenía nueve meses. Primero vimos al más joven, pero era tan tímido que no pudo demostrarnos de

lo que era capaz; sencillamente el pobrecillo tenía un aspecto triste. Así pues, probamos con el otro.

Tan pronto como lo soltaron, se vino volando hacia nosotros y nos saludó con un «¿cómo estáis?», tras lo cual nos mostró cómo recuperar un conejo de peluche. No era perfecto, pero era bonito y decidimos comprarlo. Yo había llevado la jaula con la que había recogido a Patsy (un labrador de color negro), pero era inservible para este nuevo cachorro. Patsy solo tenía siete semanas cuando se vino, y esta criatura, nueve meses, de tal forma que se sentó en el suelo del coche.

Por lo menos eso era lo que pretendimos que hiciese. Pero desde el principio quedó claro que su idea era la de ser un perro faldero. Había vivido en una perrera durante cinco meses donde compartía dueño con otros cincuenta y tantos perros, y ahora contaba con alguien para ella sola e iba a aprovecharlo al máximo. Primero una de sus patitas se vino a nuestro regazo (al de mi hermano menor y al mío), que devolvimos nuevamente al suelo. A este movimiento le siguió el de la otra pata, que fue rápidamente rechazada. Pero Lytchett no iba a ser rechazada. La verdad es que permitimos que nos pusiera encima una de sus patitas, tras lo cual la otra tomó valor y se subió también, y lamento decir que cuando llegamos a casa la perra estaba completamente acomodada sobre nuestras rodillas.

No pudimos llevarla a la casita del jardinero en ese momento, puesto que estaba enfermo, de modo que la llevamos adentro y se la presentamos a Tess y a Patsy. Pero el jardinero, en lugar de mejorar, tal y como esperábamos, comenzó a empeorar repentinamente, y nos dimos cuenta de que Lytchett era nuestra para siempre.

Los primeros dos o tres días los dedicó a husmear todo. Por la impresión que daba, jamás había estado en una casa antes y todo para ella resultaba nuevo y emocionante. Cuando algo le resultaba demasiado alto para poder verlo, saltaba o se apoyaba sobre sus patas traseras. Al día siguiente de su llegada

yo estaba sola, comiendo, con Lytchett tumbada a mi lado, cuando salí del cuarto para contestar al teléfono y me dejé la comida a medias. Cuando volví, mi plato estaba vacío y reluciente y Lytchett estaba de nuevo tumbada en el suelo.

Aunque no se trata exactamente de un cachorro, es la criatura más juguetona del mundo. Ha inventado un juego que consiste en agarrar un palito y, justo cuando estás a punto de cogerla, pega un salto y comienza a dar vueltas a toda prisa sorteando a cualquiera que pretenda pillarla, de una forma que sería la envidia de cualquier jugador de *rugby*. Después vuelve a dejarse caer al suelo y espera a que intentes abalanzarte sobre ella, y entonces desaparece corriendo como una flecha.

A veces, en lugar de limitarse a dar vueltas, se dirige hacia un enorme roble que está al final del césped, pega un salto hasta el montículo donde crece y vuelve corriendo, o da una vuelta al árbol y vuelve.

Esta es la historia, cotidiana en cuanto a los detalles, de cómo un cachorro que pertenecía a una perrera, pero no a una persona en particular, se convirtió en un individuo. Y durante el proceso de transformación en individuo, se la empezó a conocer por un nombre muy personal: se la rebautizó con el nombre de Lytchett, por Lytchett Matravers, lugar de donde provenía la que antes había sido Norah, un nombre difícil para llamar a una perra. Con el nombre de Lytchett ahora sí era una perra que tenía dueño. Una perra con un hogar propio, viviendo en edificios de los que conocía cada piso y cada pared, con jardín y además entre bosques, prados y caminos con los que se iba familiarizando día tras día, y, por encima de todo, rodeada de olores y esencias que pertenecían a su propia gente y a su lugar, a nadie más ni a ningún otro sitio. Y con el nombre de Lytchett pasó a ser conocida por una gran cantidad de personas, por los vecinos con perros propios, por los granjeros, jardineros, chóferes, colegas. Lytchett era alguien, todo un personaje. Norah no había sido nadie, nada para nadie, un animal abandonado.

Este fue el cambio, y es un cambio que no se produce en todos los perros. Un cambio que llega a distintos perros de diferentes formas. Aunque puede ocurrir que ese cambio nunca llegue. Pero ocurre, en cualquier caso, que la mayor parte de los perros comienzan sus vidas como animales sin dueño. Antes de nacer solo unos cuantos son alguien o los perros de alguien. La mayoría tienen que esperar — a algunos incluso no se les da tiempo para esperar — para ser escogidos, entregados o vendidos como pequeños cachorros o como perros crecidos como Norah, que se convirtió en Lytchett.

Aquí, en las páginas que siguen, hay historias de Lytchetts y Norahs bajo otros nombres; de perros que pertenecían intencionada o casualmente a dueños y dueñas. A veces el dueño cuenta la historia, otras la historia se construye por sí misma.